

COLLOQUIO  
DE TYMBRIA

MVY ELEGANTE Y GRACIOSO, COMPUESTO POR  
EL EXCELENTE POETA Y REPRESENTANTE LOPE  
DE RUEDA, INTRODIZENSE EN ÉL LAS PERSO-  
NAS BAXO ESCRIPTAS.

SULCO, *ganadero.*  
LENO, *simple.*  
TYMBRIA, *pastora.*  
TROYCO, *pastor.*  
ISACARO, *pastor.*

ASOBRIO, *pastor.*  
VIOLETA, *criada, pastora.*  
FULGENCIA, *negra.*  
ABRUSO, *pastor.*  
MESIFLUA, *como Harpia.*

---



## INTROITO Y ARGUMENTO

QUE HACE EL AUTOR

---

En un muy fruturoso llano, y no menos agradable que repleto de abundantísimo herbaje, casi en los fines de la Extremadura (muy magníficos señores), residiendo Sulco, rico cabañero, yendo en busca de una res perdida, halló desamparada de padre y madre entre unas matas zolozando una hermosa niña, la cual llevando á su majada y atetándola á una mansa y regalada chiva que tenía, llamada Tymbria, la sustentó y crió, poniéndole su nombre, en gratificación de habelle dado la destilada leche de sus tetas. Cresció tanto en gentileza, criándose en el pastoral ejercicio y amparo de Sulco, esta pastora Tymbria, que de muchos fué recuestada y de todos por su única hija tenida. Si están atentos vuestas mercedes, verán cómo y de qué suerte se viene á descubrir cúa hija es, y también Troyco, que en hábitos de pastor va, siendo mujer; y queden con Dios.

---

## Comienza el colloquio Sulco, cabañero.

---

SULCO

¡Oh, divinal sin medida, Hacedor que todo el universo con tu piadosa mano riges y gobiernas, y cada cosa á su divina ordenanza acabalas, conmueves, apriscas y reduces! ¡Oh, en cuánta obligación te es el hombre, pues con tanto recolmo de beneficios sus bienes le allegas y en tanta abundancia les haces crescer! ¡Cuánto yo, más que otra criatura alguna, inmensas é inseparables gracias te debo, pues tan abundantamente el doméstico ganado nuestro, pacienddo por estas dehesas, breñales, surcos, laderas y riscos, tu guarda los guarda y tu amparo los defensa, sin que del malvado y salteador animal sea disminuído ni descabalado; y más por la ordenanza [con] que tú guiarlo sabes á los debidos y cabales meses y á la dichosa ganancia de la nueva cría, y á los blancos vellones de la merina lana, que á colmadas manos en nuestras casas nos rindes! ¡Qué diré, pues, de la natural orden con que á sus tiempos de preciados y tiernos quesos alguna partecilla de las instancias<sup>1</sup> nos ocupan? Y de lo que yo más preciar me debo es que al cabo y cuento de la vejez mía, de una tan honesta y recogida zagala, quien, después de mis días,

---

<sup>1</sup> Así en el original. En la de Sevilla «estancias».



mi hacienda señoree, tutor ó padre adoptivo me hiciste; que ya que de ligitimos hijos no fuiste servido hacerme digno, con la pastora Tymbria, habida por tan extraño caso, alegre y contento me soy tornado. Y si el oír no mengaña, su hablar siento, que á los pasos perezosos de Leno, mozo nuestro, su delica[da]<sup>1</sup> voz endereza.

TYMBRIA

Si los largos días, hermano Leno, en espaciosas y prolijas noches contra todo curso de naturaleza se convirtiesen, aun creo que te faltaría tiempo para dormir, de suerte que ni por tu causa hacienda se hiciese, ni por industria tuya el ganado se apacentase.

LENO

Que no, sino ándate ahí, hermana Tymbria, cada mañana con tus importunidades despertando á todos, que no semejas sino matraca de convento, según las porradas pegas al hombre en los oídos. La mejor del mundo eres, hermana, para gruazo, á quien la manada de las grullas tienen por despertador, que si el otro duerme, como dicen, con el guijarro en la mano, tú con las alas en la luenga<sup>2</sup>.

TYMBRIA

En verdad, hermano Leno, que no pensé que sabías tantos cuentos; ¿quién demonios te enseñó aquesas historias?

<sup>1</sup> También en la de Sevilla dice «delica». Quizá haya querido decir «célica».

<sup>2</sup> Así en los dos textos.

LENO

¿Quién? El primer amo que tuve.

TYMBRIA

¿Tan sabio era? ¿Qué hombre era ése, ó qué arte de vivienda era la suya?

LENO

¡Arre allá! ¿Diz qué hombre era el otro? Bien sé que si hombre huera, no pudiera deprender tanta retórica.

TYMBRIA

En verdad que te creo.

LENO

Mas no me creyeses<sup>1</sup>.

TYMBRIA

Pues si no era hombre como tú dices, ¿qué podía ser?

LENO

Mirá, por vida vuestra, ¿qué va de hombre á nigromántulo viudo?

TYMBRIA

¿Nigromante, hermano Leno?

<sup>1</sup> En la de Sevilla «creyesedes».



LENO

Pues ¿de qué piensas que salí tan entremetido? <sup>1</sup>

TYMBRIA

¿Y estuviste mucho con él?

LENO

Nací en su casa.

TYMBRIA

¡En su casa! Luego tu madre cortesana era.

LENO

Como cortesana, era la más descortés mujer que había en el mundo.

TYMBRIA

Digo que debía ser parienta de tu padre.

LENO

Mira tú cuán parientes eran, que de puro parentesco se atrevían acostar juntos; y aun muchos quieren decir que me abuchaba á mi padre Antón García como si fuera su hijo.

TYMBRIA

¿Quién era ese Antón García?

LENO

¿No te digo que aquel nigromántulo viudo que me crió?

<sup>1</sup> «Entremetidos» en el original: corregido en la de Sevilla.

TYMBRIA

Desa manera borde eres tú.

LENO

¡Ojalá! Á lo menos cuando fuese mayor, teniendo buena voz, pues me viene de herencia, con unas coochas <sup>1</sup> que yo tuviese y rapada la barba, podría hombre entrar de hoz y de coz en grado de nigromántulo.

SULCO

Tymbria, hija, ¿con quién lo has?

TYMBRIA

Acá lo he, señor, con nuestro Leno.

SULCO

Pues ¿qué hay?

LENO

Señor mosamo, ¿ya está él acá?

SULCO

Si, acá estoy; ¿por qué lo dices?

LENO

La madrugada es boba.

SULCO

¿Tan temprano te parece?

<sup>1</sup> En la de Sevilla «coochas».



LENO

Señor, á la cuenta de mis ojos, aun es prima noche, mas á la del estómago ya pasa del mediodía.

SULCO

Desa manera podráse decir por ti: lo que al hígado daña al bazo aprovecha.

LENO

Así me parece.

SULCO

Está bien. ¿Qué orden se ha dado hoy, hija Tymbria, en la guarda del ganado?

TYMBRIA

Señor, Isacaro, el nuestro zagal, rato ha grande que con el cabrío ganado por las pasaderas del arroyo guijoso, al vado del ciervo le sentimos pasar; de suerte que ya creo que será en la falda del encinar, si no me engaño.

SULCO

¿Y Asobrio?

TYMBRIA

Asobrio, señor, con Violeta va repastando el ganado ovejuno.

SULCO

¿Y Troyco, hija?

TYMBRIA

En la compañía va de Isacaro.

SULCO

Grande es, ¡oh, mi amada Tymbria!, la enemistad que Isacaro tiene con el nuestro pastor y envidiador Troyco, y por ser tan mozo es en demasía ligero y de grandísimo corazón.

TYMBRIA

Allá va con el arco y aljaba y flechas, que verdaderamente no semeja sino amenazar los aires, según el denuedo lleva.

SULCO

Pues Leno, hija, ¿no será bien dalle en qué ocupe el tiempo?

LENO

Harto ocupado lo tenía yo si me dejaran; ¿no le decía yo que tus voces, Tymbria, me habían de echar en falta con señor?

TYMBRIA

¡Yo! ¿En qué falta, Leno?

LENO

¿No te parece que hubiera yo aventajado, después que me levanté, buena hora y media de un sueño, que ansina me iba en pos dél como abejuco tras moixquitos ó como lechuza tras lámpara de hospital?



TYMBRIA

Ciertamente yo tengo la culpa por haber caído á causa nuestra en deservicio tan notable.

LENO

Tú te lo dirás todo; ya vas cayendo, como dicen, en la necedad.

SULCO

Habla sin mote, Leno.

LENO

¿Diz que hable sin mote? Después de ido el consejo quieren tomar el conejo, como dice allá el proemio ó rufián.

SULCO

¿Qué diablo de rufián ó proenio? Proverbio ó refrán querrás decir.

LENO

Yo creo que sí, que el trascueco de las palabras débelo de causar ser yo nieto de una santiguadera.

SULCO

¿Santiguadera fué tu agüela?

LENO

¡Mira qué milagro! Y aún...

SULCO

¿Y aún qué?

LENO

Que no es nada.

TYMBRIA

Dilo, acabemos.

LENO

No querría ser descubierto por cuanto valgo.

SULCO

No, Leno, que del secreto nuestro puedes asegurarte á fe.

LENO

Pues alce el dedo.

SULCO

Helo aquí.

TYMBRIA

Y el mío también.

LENO

Que no, sino como ella era una bienaventurada y andaba de noche de encrucijada en encrucijada, achacáronla que era algo bruja, y la cuitada dejóse azotar de pura noble.

TYMBRIA

Pues aqueso no es nada.

LENO

¿No á la he? Mas, señor, dígame vuesa merced ques mayor que nosotros: ¿ha visto obispa hembra en toda su vida?



SULCO

No, por cierto.

LENO

Pues mi agüela, santa glolla haya, lo fué toda una tarde dencima de una escalera con su mitra y todo, que por otro nombre revesado se llama coroza.

TYMBRIA

¿Y echaba la bendición desde allí?

LENO

Mas antes maldecía una banda de mochachos, que no parecía encima della sino banda de estorninos sobre olivo, cuando tiene maduro el fruto.

TYMBRIA

¿Cómo, Leno hermano?

LENO

Par que <sup>1</sup> como ellos no sabían el uso ni habían visto en toda su vida obispa tinta en bruja, así menudeaban sobre ella pepinazos y berenjenazos como granizo sobre tejado.

SULCO

¿En fin...?

LENO

En fin, señor, que ya que se quería poner el sol quitanla de su trono y llévanla encima de un asno,

<sup>1</sup> Así en ambos originales.

todavía con su guirnalda en la cabeza, acompañada de tanta gente, con tanta honra como vea yo plegue á Dios á la señora Tymbria.

TYMBRIA

Yo dejo de recibir tan buena voluntad, Leno.

SULCO

Por cierto, Leno, que nos holgamos mucho con vuestro tan buen aviamento: y agora, ¿esa tía vuestra, es viva?

LENO

Señor, viva creo que será, que no era ella mujer tan mal acondicionada que se había de dejar morir sin dar cuenta á sus parientes, aunque algunas lenguas chismosas quieren decir que la quemaron en Cuenca.

TYMBRIA

¡Ah, moramaza! ¿Y por qué, Leno?

LENO

Por lo que denantes dije.

SULCO

Ora ¡sus!, Leno, entra, que ya es hora que se lleve el recado á la gente del campo.

LENO

Llévese, señor.

<sup>1</sup> En la de Sevilla «noramaza».



SULCO

Y vos, hija amada, ¿qué pensáis hacer?

TYMBRIA

Señor, con las paridas me iré mansa y reposadamente, porque las crianzas de las delgadas yerbas que entre las nuevas matas de los ásperos tomillos rebrotan puedan gozar, y en siendo la hora acostumbrada, las acarrearé hacia los nocturnos albergues.

SULCO

Amada Tymbria, ve norabuena; que entretanto será bien que yo dé vuelta á requerir los sitios y pastos para que á un mismo tiempo nos recojamos á la estancia nuestra.

TYMBRIA

Amantísimo padre, Dios lo gué.

SULCO

É á ti, Tymbria, te guarde y acompañe.

LENO

Señor, no se le olvide el secreto.

SULCO

¿Qué secreto, Leno?

LENO

¡Qué olvidadizo es, váleme Dios! Aquello de mi agüela; ¿no se miembra que dije que le habían ordenado de chamusquina?

SULCO

Ya, ya; no me acordaba; pierde cuidado, y ve en buen hora.

LENO

Que me place.

*(Éntranse todos y sale Mesiflua en figura de harpía y dice):*

¡Cuántos trabajos y miserias se sufren en esta miserable vida por el flaco y femenino linaje! Los cuales yo, la sin ventura Mesiflua, sustento desde aquella hora y desgraciado punto que la malvada Ambrosia, sabidora grande de las mágicas y diabólicas artes, á mi hermano Abruso, padre de Urbana, que agora en nombre de Troyco y en hábito pastoril por estas partes habita, de dentro de un grueso y valiente tueco de robre encantado tiene, y á mí en fiera harpía dejó convertida. Y todo esto hizo á causa de yo no consentir que casase Urbana con Isacaro, por ser los dos hijos de mi hermano naturales; porque la Urbana fué hija de Sira, y muerta, casó mi hermano con esta Ambrosia y hubo á Isacaro; y por no ser lícito este casamiento, en hábitos de pastor la transporté en manos de Tartario, hombre anciano y de nación moro, habitador en las montañas, y siendo de edad debida, á los terribles osos y valientes y feroces jabalíes con el encorvado arco á matar enseña. En fin, que ausentada, Isacaro, por lo que la madre había intentado, desapareció; y como por este respecto la malvada Ambrosia nos dejase encantados, dejándose despe-



ñar desde encima de un gran raudal y corriente de agua, dió fin á su vida, dando su dañado espíritu á las infernales sombras para *in eternum*; y agora nuestro hado ó fatal estrella (según está permitido) y el tortario, moro, nos declara y dice que por esta moza Urbana, sobrina mía, yo y mi hermano Abruso seremos presto en libertad restituídos. ¡Sus!, voime, que los pasos de Isacaro y Troyco, sobrinos míos (y entre sí no conocidos), siento, los cuales sobre celos de Tymbria vienen compitiendo y litigando.

(Vase *Meliflua* y salen *Isacaro* y *Troyco*.)

## ISACARO

Si acaso ó por ventura, Troyco, alguna repunta de cortesía ó de buen natural en tu rústica persona se asentase, ni yo de tu <sup>1</sup> tan quejoso y áspera y malvada condición viviría (*sic*), y tú dejarías de hacer aquello que á la conversación nuestra y amistad estrecha que me solías mostrar eras obligado. Mas como tu dañada intención de lo bueno á lo no tal esté cambiada, ni yo sin queja de ti podré vivir, ni aun tú ni yo sin recelo de perder la vida nunca nos podremos asegurar. ¿Cuál es la causa, Troyco, que habiendo sido tú de mí muchas y diversas veces persuadido y amonestado que delante la hermosa Tymbria lo menos que posible fuese te procurases de mostrar en juegos, en bailes, en correr, en ligeros saltos, poniendo premio contra otros zagales, en en-

<sup>1</sup> Así en los originales.

clavar con la ligera flecha á los pequeños blancos, ni en otros ejercicios y gentiles pruebas has hecho lo contrario? ¿Ó es que tú me tienes ya en tan poco que de mí no haces caudal, ó es que tu persona tienes en tanta estima que de nadie ser anticipado haces cuenta? Mira, mira, Troyco, si tal imaginas ó piensas, sábetete que en la mitad de la cuenta vives engañado. Por eso haz de tu voluntad propia lo que de fuerza serás constreñido de hacer, lo cual cumpliendo lo uno, como dicen, seremos de aquí adelante fieles amigos, y lo otro, excusarás que tú á mí ó yo á ti nos busquemos con asechanzas <sup>1</sup> lo último de la vida.

## TROYCO

Si tú entendieses, ¡oh Isacaro!, cuánto con tus amenazas soy escandalizado, ni tú darías tanta soltura á tu lengua, ni menos tu brioso corazón, impedido de malvados celos, dispararía por la infernal boca tan ponzoñosas palabras, envueltas en tantas diferencias de amenazar al que nada te debe, ni en tal negocio, ni en otro que ofensarte pensase te es en cargo. Ni tampoco pienses, Isacaro, que en el generoso pecho de la pastora Tymbria pensamiento alguno enderezado á repunta de deshonesto amor se asentase. Pero ven acá, veamos: ¿qué parte eres tú ni yo para que una zagaleja tan recogida, sus honestísimos ojos en ninguno de los dos con deshonesto mirar asestase? Vete, pues, malicioso, y no des lugar á ofender con

<sup>1</sup> Así en ambos textos.



tus acelerados intentos el casto corazón, ni permitas menos que tu alevosa lengua dispare cosas tan ociosas ni de tan poco provecho; especialmente que, pues del nuestro Sulco eres como yo jornalero, no alterques á proponer cosas con que la hija suya y tu señora y mía difamada sea.

ISACARO

¿Cómo quieres, ¡oh Troyco!, solapadamente y so color de lisonja soldar tus traiciones, siendo entendido todo lo que tu pésimo corazón no puede encubrir? Pero pues así con tu aprobada malicia quieres enclavar mis palabras, con el ánimo fidelísimo pronunciadas y dichas voime, que á tiempo seremos donde de lo que has delante de mí propuesto te haga arrepentir.

TROYCO

Vete, que yo espero que en ese mismo tiempo que dices me habrás de demandar perdón de haberme ofendido sin tenerte culpa ninguna.

*(Vase Isacaro y sale Leno, simple.)*

LENO

¡Ah, Troyco! ¿Estás acá?

TROYCO

Sí, hermano; ¿tú no lo ves?

LENO

Más valiera que no,

TROYCO

¿Por qué, Leno?

LENO

Porque no supieras una desgracia que ha sucedido harto poco ha.

TROYCO

¿Y qué ha sido la desgracia?

LENO

¿Qué hoy?

TROYCO

Jueves.

LENO

¡Jueves! ¿Cuánto le falta para ser martes?

TROYCO

Antes le sobran dos días.

LENO

Mucho es eso; mas dime: ¿suele haber días aciagos así como los martes?

TROYCO

¿Por qué lo dices?

LENO

Pregunto, porque también habrá hojaldras desgraciadas, pues hay jueves desgraciados.

TROYCO

Creo que sí.



LENO

Y ven acá; si te la hubiesen comido á ti una en jueves, ¿en quién habría caído la desgracia, en la hojaldra ó en ti?

TROYCO

No hay duda, sino que en mí.

LENO

Pues, hermano Troyco, aconhortaos y comenzad á sufrir y ser paciente, que por los hombres, como dicen, suelen venir las desgracias, y éstas son cosas de Dios. En fin, y también según orden de los días, os podríades vos morir, y como dicen, ya sería recompida y allegada la hora postrimera, resebildo en paciencia y acordaos que mañana somos y hoy no.

TROYCO

¡Válame Dios, Leno! ¿es muerto alguno en casa, ó cómo me consuelas así?

LENO

¡Ojalá, Troycol

TROYCO

Pues ¿qué fué? ¿No lo dirás sin tantos circunloquios? ¿Para qué es tanto preámbulo?

LENO

Cuando mi madre murió, para decírmelo el que me llevó la nueva, me trajo más rodeos que tiene vueltas Pisuerga ó Zapardiel.

TROYCO

Pues yo ni tengo madre, ni la conocí, ni te entiendo.

LENO

Huele ese pañuelo.

TROYCO

Y bien, ya está olido.

LENO

¿Á qué huele?

TROYCO

Á cosa de manteca.

LENO

Pues bien puedes decir aquí hué Troya.

TROYCO

¿Cómo, Leno?

LENO

Para ti me la habían dado, para ti la enviaba revestida de piñones la señora Tymbria; pero como yo soy, y lo sabe Dios y todo el mundo, allegado á lo bueno, en viéndola, así se me hueron los ojos tras ella como milano tras pollera.

TROYCO

¿Tras quién, traidor? ¿Tras Tymbria?

LENO

Que no, válame Dios; que empapada te la enviaba de manteca y de azúcar.



TROYCO  
 ¿La qué?  
 LENO  
 La hojaldra, ¿no lo entiendes?  
 TROYCO  
 ¿Y quién me la enviaba?  
 LENO  
 La señora Tymbria.  
 TROYCO  
 Pues ¿qué la heciste?  
 LENO  
 Consumióse.  
 TROYCO  
 ¿De qué?  
 LENO  
 De ojo.  
 TROYCO  
 ¿Quién la ojeó?  
 LENO  
 Yo, mal punto.  
 TROYCO  
 ¿De qué manera?  
 LENO  
 Asentéme en el camino.  
 TROYCO  
 ¿Y qué más?  
 LENO  
 Toméla en la mano.

TROYCO  
 ¿Y luego?  
 LENO  
 Probé á qué sabía, y como por una banda y por otra estaba de dar y tomar, cuando por ella acordé ya no había memoria.  
 TROYCO  
 En fin, que te la comiste.  
 LENO  
 Podría ser.  
 TROYCO  
 Por cierto que eres hombre de buen recado.  
 LENO  
 ¿Á fe que te lo parezco? De aquí adelante, si trujere dos me las comeré juntas para hacello mejor.  
 TROYCO  
 ¡Bueno va el negocio!  
 LENO  
 Y bien reñido y con poca costa y á mi contento. Mas ven acá: ¿quiés que riamos un rato con Tymbria?  
 TROYCO  
 ¿De qué suerte?  
 LENO  
 Puédesle hacer encreyente que la comiste tú, y como ella piense ques verdad, podremos después tú



y yo reir acá de la burla, que reventará reyendo;  
¿qué más quiés?

TROYCO

Bien me aconsejas.

LENO

Agora, en fin, Dios bendijo los hombres acogidos  
á razón; pero dime, Troyco: ¿sabrás desimular con  
ella sin reirte?

TROYCO

¿Y de qué me había de reir?

LENO

¿No te parece que manera de reir hacelle encre-  
yente que tú te la comiste, habiéndosela comido tu  
amigo Leno?

TROYCO

Dices sabiamente; mas calla; vete en buen hora,  
que yo quiero dar vueltas sobre aquestas lagunas,  
que podrá ser con el arco matar alguna caza con que  
á la noche nos holguemos.

LENO

Eso me contenta. Di, Troyco: ¿quiés que le diga á  
la señora Tymbria que te haga otra un poquillo ma-  
yor que la traspuesta?

TROYCO

Di lo que quisieres.

LENO

¿Convidarme has á ella?

TROYCO

¿Y á qué te tengo de convidar, si tú eres tan bien  
comedido que aun ver no me las dejas?

LENO

¡Válame Dios! ¿Y cómo no sientes que comerme-  
las yo de buen comedimiento procede?

TROYCO

Eso es verdad.

LENO

Pues yo te prometo, si otra me encomendaren, de  
ser más bien comedido.

TROYCO

¿Cómo, Leno?

LENO

Que aun el olor donden <sup>1</sup> me la dieren no te  
quedará allí si yo puedo.

TROYCO

Hazlo así, y vete con Dios.

LENO

En fin, diréle allá que has almorzado muy á tu  
sabor.

TROYCO

Bien puedes.

<sup>1</sup> Así en el original. En la de Sevilla «donde».



LENO

Retozándome va la risa de la burla que le tenemos de hacer si sabes disimular.

TROYCO

¡Oh, pobre de ti, señora Tymbria, y cuán engañada vives conmigo! Verdaderamente, si tú alcanzases que soy mujer como tú, sé que el amor que agora me tienes en perpetuo aborrecimiento lo cambiarías, ni tampoco el pastor Isacaro tan rodeado viviría de malvados celos contra mí. Mas ¡ay triste! Callar me cumple y entrarme de presto, que veislo do asoma.

*(Sálese Troyco y entra Isacaro.)*

ISACARO

¿Agora podráme negar Troyco, según soy informado por Leno, el mozo de casa, sobre cierta hojaldrá que Tymbria le enviaba, que no se amen oculta y secretamente los dos? Vaya, que pues en abierto quedó nuestro pleito, yo seré contigo presto, Troyco, con mi demanda. Mas con todo, veamos á do bueno va Violeta con Fulgencia la negra.

VIOLETA

Buenos días, hermano Isacaro.

ISACARO

Hermana Violeta, en buen hora vengas; mas ¿qué buenos días quiés que tenga el que jamás espera haber hora de contentamiento?

VIOLETA

Noramaza sea.

ISACARO

¿De do bueno, hermana?

VIOLETA

De aquí venimos yo y Fulgencia, de coger ciertas raíces de no sé qué yerbas.

ISACARO

¡Ah, señora Fulgencia! ¿Cómo se nos desvía tanto allá? ¡Válame Dios! ¿No nos quiere hablar?

FULGENCIA

Sí, por cierto, señor; fablamo y servimo á buena fe; ya ve, como la persona samo tan negro cerradaz y recogidaz, anque samo na campos, no te maraviya vosa mercé, y como tampoco sa forana esa cayando, que no lo asamo decir óxete ni móxete.

VIOLETA

¡Mira la galga! ¿No veis cómo hace de la honesta y qué negra gravedad tiene la perra, cara de mirla enjaulada?

FULGENCIA

Sa la verdad, por cierto, que tenemo un poquito la color morenicas; mas costarse la voz un ojo y tuerto la otro y tenga la voz la faisón de mi caras.



ISACARO

¡Válame Dios! ¿Y no se ve? ¡La diferencia es bobal!

VIOLETA

Sí, sí; dígale a questo á la ximia, y ponérsenos ha más hueca que pega con arracadas.

FULGENCIA

¡Ay, mandaria, testimoñera! Dígame, señor Sacaro: ¿yo la tiene la cara como ximia?

ISACARO

Calla, señora Fulgencia; déjala devanear, que como es mochacha, no entiende lo que se dice. Á mí, qué te quiero como á mi vida, me pareces<sup>1</sup> tú bien, que á los otros siquiera los cuelguen.

FULGENCIA

Turo me lo conozco, turo me lo entiendes; ma samo corrido que delante que bien quiéresme ofrentar aquesa rapaza.

ISACARO

Que por eso, señora Fulgencia, no se os dé un pelo, que todos somos de casa, especialmente que ella es tan bien acreditada conmigo quanto de su hermosura tengo noticia que no hay que parar en nada.

<sup>1</sup> «Parece» en los originales.

VIOLETA

Sí, sí, ¡válame Dios! no tuviese ella un poquito la color de oliveta de Mallorca, que lo demás, ¿qué le falta?

FULGENCIA

Mira, fiya, la pan morenicas llevas la terraz. Por ciertoz, señor Sacaro, la utro día me miraba con la pejo de señora Tymbria, y no lo digo porque labas, ni porque san yo, mas un cara, un cara, ¡mira vosa mercé!

ISACARO

Sí; guárdenos Dios.

FULGENCIA

Pues ofrézote á lo diabros, la diferencia la tienes.

VIOLETA

Á lo menos tiene la cara como la luna.

FULGENCIA

¿Pues qué mientes, machacha?

VIOLETA

¿No digo yo, señora Fulgencia, que miente vuesa merced? Que no hay diferencia de su cara á la luna cuando está eclipsada, querrá ella decir.

FULGENCIA

¡Ay, maldita que te veas, picudas, maliciosas!



ISACARO

Mejor me parecería pasar el tiempo en otra cosa que no amordazaros con palabras. Pero dime, señora Fulgencia: ¿tiéneste la voz que solías tener?

FULGENCIA

¡Ay, señor mío Jesús! Agora major que nunca, por ciertos.

ISACARO

Pues hágame una merced, que yo tañeré mi guitarra, que cante un poquito.

FULGENCIA

Guárdeme Dios na diablo, no me la manda. ¿No mira que samo refriados y pechigona?

ISACARO

Como quiera, señora Fulgencia, parecerá bien.

FULGENCIA

¡Ay, señor! Y tanto me la jura, que no sa razón quebrantamos juramentos, aunque á mi ánima que me na cupa mucho na vergüenza.

VIOLETA

Entónesenos la lechuza.

FULGENCIA

Ora vaya; tañe la Comendadoras <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En la de Sevilla falta lo que dicen VIOLETA y FULGENCIA en este lugar.

CANCIÓN

La Comendadoras  
por mi mal me vi,  
amarga te veas  
cuitara de mí.  
La Comendadoras  
de Casalava  
salí de Sevilla,  
enora mala  
para la vosotros  
quien no la daba  
y á lo pajesicos  
que van pos de ti.  
La Comendadoras.

ISACARO

La merced, señora Fulgencia, ha sido muy grande para todos, especialmente para mí; pero porque es tarde, quiero dar la vuelta, ques hora de recoger el ganado. Señora Fulgencia, ¿querráme abrazar?

FULGENCIA

¡Jesú, Jesú, tal decir á una dueñas tan honradas como yo la sol!

VIOLETA

Hágalo, por vida de la cuerva.

FULGENCIA

¡Ay, putiñas, cabuetas, descaradas!